

AÑO XXI.—NÚM. 6157

19 DE DICIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Lunes 19 de Diciembre de 1881.

REVISTA EXTRANJERA.

—0—

LOS FUNERALES DE LAS VÍCTIMAS
DEL RING-THEATRE.

—0—

Después del *Requiem* cantado en la catedral de San Estéban, la ceremonia fúnebre, organizada por el Consejo municipal, ha tenido lugar en el Cementerio central en donde había colocados destacamentos de infantería y caballería para mantener el orden.

En medio del cementerio se elevaba un magnífico catafalco iluminado por varios centenares de antorchas. Alrededor se veían plantas exóticas y multitud de coronas con inscripciones inspiradas por el dolor de los sobrevivientes y de las corporaciones.

A cada uno de los lados del catafalco 70 féretros de metal descansaban sobre negros tapices. Algunos de los féretros ostentaban un nombre, los demás se distinguían por un número. Estos correspondían á los cadáveres que no pudieron ser reconocidos.

Sobre cada féretro había varias coronas. Hasta las diez de la mañana la afluencia de gente no fué grande; sólo eran numerosos los amigos y parientes de las víctimas.

Se han producido escenas desgraciadas cuando los interesados y dudosos de las víctimas han ocupado los costados del catafalco, buscando unos los féretros de las personas que ríen y los otros sollozando junto á los féretros numerados.

Entre estos desgraciados había personas de todas clases: hombres, mujeres y niños. El municipio en masa formaba parte del cortejo fúnebre, que llegó á las once; lo formaban además un gran número de diputados, de individuos del personal de teatro, de representantes de la aristocracia, de estudiantes y de comisionados de las corporaciones.

Cinco minutos después de la llegada de la comitiva se han cantado coros fúnebres, dando en seguida principio la ceremonia religiosa.

El clero de diferentes religiones estaba allí representado. Un pastor protestante y un rabino pronunciaron discursos fúnebres.

El burgomaestre de Viena pronunció las palabras conmovedoras expresando el duelo producido por la inmensa desgracia, no sólo en Viena, sino en el mundo entero.

Añadió que la sepultura de las víctimas del incendio sería objeto de grandes cuidados y que se eleva un monumento para recordar á las generaciones venideras la terrible catástrofe del Ring Theatre.

Inmediatamente se bajaron los féretros á la tumba común.

EL PROCESO DE GITEAU.

—0—

En la audiencia del 10 del corriente, M. Lean Shaw, de Nueva York, ha hecho declaraciones perjudiciales para el asesino de Garfield.

El testigo había estado en relaciones con Giteau por asuntos mercantiles. Al presentarse ante el tribunal el acusado, dijo: No he visto á Shaw desde 1874, era un buen muchacho. Estuve en relación con él varios meses.

M. Shaw hace la siguiente declaración.

—Desde que conocí á Giteau comprendí que era vanidoso y egoísta, y que estaba poseído de un gran deseo de celebridad. Me dijo una vez que estaba destinado á ser célebre antes de morir.

Giteau.—Jamás he dicho eso.

El testigo.—Le pregunté qué quería decir, y me respondió que si no obtenía notoriedad por el bien la obtendría por el mal.

Giteau.—Eso es falso.

El testigo.—Naturalmente estas palabras me sorprendieron. Le pregunté nuevamente y me respondió que mataría á uno de nuestros primeros personajes.

Giteau.—Eso es mentira. Nunca he dicho ni pensado tal cosa.

El testigo.—Me dijo que imitaría á Wilke Booth (el asesino del presidente Lincoln).

Giteau.—Es mentira.

El testigo.—Añadió: yo podré ser ahorcado, pero esto es una consideración secundaria.

En este momento Giteau, poseído de cólera, llena de insultos al testigo. Este, sin hacerle caso, explica que tuvo que expulsar á Giteau de una oficina que le alquiló porque no pagaba los alquileres, M. Shaw no cree en la locura del asesino.

La conversación referida tuvo lugar en 1872.

POR QUERER COQUETEAR.

—0—

Una señora joven y bonita se despedía hace unos días en París de sus amigas para emprender un pequeño viaje.

—Lo que es esta vez está decidido, no viajo en coche de señoras solas, es demasiado monótono y fastidioso encontrarse con solteronas maniáticas é insoportables que hablan con sus perros y sus pájaros. ¿No es mejor exponerse á una aventura galante y entretenida?

—Ten cuidado,—decían sus amigas; pero fué en vano.

Nuestra aventurera llega al andén, y el tren vá á partir.

¿Quiere usted un compartimiento de señoras solas?—le pregunta el ama-ble acomodador.

—No;—responde ella poniéndose tan colorada,—no me importa el humo del cigarro.

—Bien, señora; puede usted subir donde guste.

Abre la primera portezuela que encuentra, y se lanza en un wagon, donde se percibía un fuerte olor á tabaco de pipa; echa una mirada por el coche y sólo distingue un caballero grueso y colorado, muy entrado en años, medio ahogado entre mantas, que levanta la cabeza gruñendo y maldiciendo á los importunos que interrumpen sin cesar al viajero que quiere descansar.

Ciertamente, si este hubiera sido joven, no hubiera dejado de admirar la belleza de la coquetuela que con mirada brillante, las facciones sonrosadas por la emoción, estaba en disposición de excitar los más dulces sentimientos. Pero el viajero vuelve á meterse en las mantas. Como el carraco en su concha, y pocos minutos más tarde empieza á roncarse de una manera estrepitosa.

No era muy divertido el viaje de la señora. ¡Al menos si hubiera podido tener el recurso de dormirse! pero ¿quién cierra los ojos al lado de un trombon semejante?

La viajera miraba melancólicamente el paisaje que huía ante su vista, y se preguntaba si todos los viajeros serían viejos, feos y egoístas como su compañero de wagon.

En la próxima estación se asoma á la ventanilla y su mirada errante se encuentra con la de un joven de simpática figura, que con un paquetito en la mano, después de haber arrojado el cigarro, entró en el compartimiento.

La coquetuela le acoge como á su salvador.

Entablan animada conversación, viva y alegre, mientras ronca el vecino.

La dama hubiera querido saber el nombre de su amable compañero, pero éste cambiaba de conversación, tratando de mostrarse cada vez más afectuoso.

De pronto llega el tren á una estación, el elegante joven abre la portezuela y salta fuera. El viejo dormilón, despierto por el ruido, se levanta, y con acento extraño pregunta: —¿Qué? ¿Ese sujeto ha viajado con nosotros?

—Sí, señor,—responde la señora riéndose.—¿Le conoce usted acaso?

—Ya lo creo, es el verdugo de...

No tuvo tiempo para acabar la frase; la viajera había caído desmayada en sus brazos.

El buen señor llevado de un sentimiento de piedad, procura dulcificar el mal rato que involuntariamente ha causado á su compañera.

Mas, vuelta en sí la bonita coquetuela, jura ser fiel en adelante á la

compañía de las solteronas, de los perros y de los pájaros, del coche de damas solas, antes que volverse á exponer á semejantes aventuras.

LAS DEVOCIONES DEL VIZCONDE
DE BRIMONT.

Los esposos Brimont son de los que no han esperado una ley Naquet para romper el lazo conyugal. Esposa por necesidad, pero parisienne por vocación, madame Mina de Brimont frecuenta sola todos los salones del «Faubourg Saint-Germain», mostrando su agradable sonrisa y sus diminutos dientes, y resignándose alegremente con su situación de mujer abandonada, no se ha visto viuda menos inconsolable.

El vizconde Edgard de Brimont, socio del Jockey-Club, y ex-diputado por Reims, era, por su parte, el elegante más parisien que paseó jamás por el asfalto del boulevard de los Italianos, su ardiente temperamento le impulsaba igualmente, por diversos motivos, hacia la vida galante y hacia la devoción. Era una cosa curiosa verle dedicado á la vez al culto de Venus y al de la Virgen.

Una vieja criada, á la que llamaban significativamente «el capitán de recluta», estaba dedicada á la composición y entretenimiento de un pequeño serrallo que no hubiera disgustado el Gran Turco. De vez en cuando, para extender el círculo de sus relaciones, publicaba el vizconde de Brimont, en los periódicos ingeniosos anuncios como el siguiente: Se desea contratar una señorita que sepa música para probar pianos. Y muy pronto se presentaba la inteligente deseada.

¡Cuántas discípulas del Conservatorio vió desfilar el piano del señor vizconde! Era un hombre que adoraba la música «dicamera».

Su gran placer, después de estos conciertos profanos, era arrodillarse al pie de los altares, consumiéndose en novenas, confesiones, absoluciones, penitencias y otros regocijos piadosos.

No había peregrinación piadosa de que no formara parte, ni ceremonia religiosa en que no se viera su cara oficialmente compungida. Necesitaba los amplios y graves sonidos del órgano, para olvidar las notas mundanales de su piano. Solía mejorado de aquellos ascéticos éxtasis, y con la conciencia tranquilizada volvía á la molición de la vida asiática. Incienso y «patchouli» tal debió ser su divisa, y Zola hubiera podido estudiar en este gran señor un extraño tipo parisien.

En esta vida de locura, cuyas expansiones no contrariaba en los mas mínimos Mme. Mina de Brimont, halló ocasión el vizconde Edgard de ha-